

Sección de Notas

LOS ESTUDIOS DE ROBERT RICARD SOBRE ESPIRITUALIDAD ESPAÑOLA *

Magníficamente traducido por el profesor Muñoz Cortés, catedrático de la Universidad de Murcia, aparece en la prestigiosa colección dirigida por el maestro Dámaso Alonso un volumen del ilustre hispanista francés Robert Ricard. Justamente detrás de *Varia lección de clásicos españoles*, título que agrupa diversos ensayos del maestro del hispanismo francés Marcel Bataillon. También, como indica la palabra «estudios», el libro del profesor Ricard está formado por varios trabajos, muy diferentes en importancia, que tienen en común la materia básica sometida a investigación, clarificada con agudeza y ampliamente documentada: la literatura religiosa española. Las vastedad del tema, que cuenta con la autoridad de Sainz Rodríguez, no es obstáculo para el investigador, dedicado desde hace muchos años a su estudio con ejemplar dedicación y admirables resultados. Siempre dentro de los cruciales y ricos siglos xvi y xvii, que ofrecen la singularidad de nuestra espiritualidad literaria, el profesor Ricard recorre un amplio y variado camino, parte sólo de su mucha producción, de sus muchos ensayos y artículos publicados en las más importantes revistas hispánicas y especializadas en la materia; así nos lo aclara en la «Advertencia» inicial, acompañada también por unas manifestaciones de auténtico y honrado investigador: «... no podemos pasarnos la vida rehaciendo nuestros propios trabajos en un afán de perfección quimérica y esterilizador. Debemos resignarnos a este carácter provisional de nuestras publicaciones, aceptar con generosidad el riesgo de resultar equivocados o de quedar incompletos, y admitir de buen grado que los otros nos completen o corrijan». El autor aplica esto muy especialmente a su trabajo sobre el socratismo cristiano», segundo estudio del libro y el más amplio, con mucho, de todos. El acarreo de «notas y materiales» para su estudio «en Santa Teresa y en los espirituales españoles» es de tal densidad que aunque el autor ad-

* ROBERT RICARD: *Estudios de literatura religiosa española*. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1964.

vierta con mucha verdad que podrá ser completado, desborda los límites propios de un tema monográfico e ilumina amplias zonas de toda la literatura religiosa española.

El profesor Ricard parte, en las primeras líneas de este estudio, de los testimonios de Menéndez Pelayo y Miguel de Unamuno sobre la existencia del socratismo cristiano español, inevitable dado que «la mística española, en muchos aspectos, está fundada en el «psicologismo» (pág. 23). En esta introspección, en este bucear en la propia conciencia, de la mejor literatura religiosa española, el genio español ha dado algunos de sus mejores logros, y acaso sea, como afirmaba don Américo Castro, su más trascendental invención: desde la meditación del calderoniano Segismundo al *Nacemos para saber y sabernos*, de Baltasar Gracián. A continuación, se enfrenta el profesor Ricard con el «conócete a ti mismo», máxima grabada en el frontón del templo de Delfos y preferida de Sócrates; insiste en su sentido inicial de «conócete mortal (y no Dios)», «conoce tu condición mortal», conocimiento que nos «preserva del orgullo, que provocaría la venganza de los dioses», pero aclarando muy bien que esta modestia es actitud de prudencia y está muy lejos de la virtud «específicamente cristiana de humildad». Estudiando ya concretas figuras de la espiritualidad española, la atención dedicada a Teresa de Jesús es de varias páginas, repletas de erudición y de acertados juicios sobre su obra: «la autora del *Castillo interior* es lo más opuesto a un espíritu sistemático. Santa Teresa no había recibido la sólida formación escolástica, cuya huella se encuentra a cada paso en San Juan de la Cruz..., la Santa es un espíritu espontáneo, intuitivo, que procede a menudo por asociación de ideas, cuyo vocabulario no tiene constancia ni fijeza, y cuyas obras abundan en paréntesis, digresiones, repeticiones, anticipaciones y saltos atrás». (El profesor Ricard no ha dejado de mencionar a don Ramón Menéndez Pidal al insistir, de acuerdo con el maestro de todos y utilizando su misma expresión, en que Teresa de Jesús poseía un «sentido patrimonial» del idioma.) Recoge a continuación numerosas citas de diversas obras teresianas que prueban su gran interés por el propio conocimiento. Ya en la *Vida* (XIII) existe esta actitud: «Que siempre, mientras vivimos, aun por humildad, es bien conocer nuestra miserable naturaleza...» Pero es de *Las Moradas* de donde el profesor Ricard extrae abundantes textos que insisten no sólo en la conveniencia, sino incluso en la necesidad del conocimiento propio: «Pues pensar que hemos de entrar en el cielo y no entrar en nosotros, conociéndonos y considerando nuestra miseria y lo que debemos a Dios, y pidiéndole muchas veces misericordia, es desatino», en la segunda morada. Añade seguida-

mente el autor que para la Santa esto es medio y no fin: y si el primero, inmediato, evidente beneficio obtenido por el conocimiento de nosotros mismos «es la virtud de la humildad», de manera menos directa, más mediata, «nos hace comprender nuestra dignidad». La actitud de Teresa de Jesús es inequívoca y el profesor Ricard insiste, con nuevas citas y personales y justas deducciones propias, en esta verdadera significación del «socratismo teresiano»: afirma la Santa «que si el conocimiento de sí mismo es el pan con el que hay que tomar todos los demás alimentos, hay que tomarlo no obstante con medida».

Estudia después el profesor Ricard el «socratismo cristiano» de autores carmelitas, dominicos, franciscanos, agustinos, jesuitas y jerónimos, terminando con los espirituales portugueses y los autores profanos. De Juan de la Cruz afirma que es «aquél es quien el conocimiento propio origina las consecuencias doctrinales y prácticas más notables», comentando detenidamente la *Noche oscura*, el texto principal del Santo sobre esta materia, y dos pasajes del *Cántico espiritual*. El beato Juan de Avila es, a continuación, objeto de un minucioso estudio, a base de su *Epistolario espiritual*: «Conozcámonos, pues, y seremos conocidos de Dios; juzguémonos y condenémonos, y seremos absueltos por Dios...», y, sobre todo, de algunos capítulos del *Audi Filia* dedicados por completo al tema, aclarando el profesor Ricard que en Juan de Avila «la meditación de la muerte es de una gran utilidad para el conocimiento de sí mismo, pues nos muestra con gran fuerza lo que realmente somos» (pág. 51). En los autores dominicos es Luis de Granada el único estudiado en profundidad, utilizando especialmente su *Guía de Pecadores* y su libro de la Oración y la Meditación, viendo en él, como en tantos autores, que es la humildad el primer fruto del propio conocimiento, y añadiendo: «Pero si la humildad nace del conocimiento de sí mismo, éste nace a su vez de la consideración de los pecados» (pág. 55). Muchos son los autores franciscanos que dedican gran atención en sus escritos al socratismo cristiano, «pero ninguno tiene la misma importancia que San Juan de la Cruz entre los carmelitas o Luis de Granada entre los dominicos» (pág. 61). Se fija, en primer lugar, en Antonio de Guevara y en su famoso *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, en cuyo capítulo X escribe: «El mucho tener, el mucho valer y el mucho poder hace a los hombres no se conocer.» Pero el profesor Ricard ha de reconocer muy justamente que «el socratismo de Guevara no va más allá del moralismo más trivial, que es la característica general de su pensamiento». Algo que cualquier lector avisado advierte bajo la retórica y la aparentemente sincera fustigación de la corte, en el hombre

que apenas salió de ella, y que nunca, ni en su vida ni en su obra, ofrece el desgarrón vital de un Luis de León, atraído a un tiempo por las luchas universitarias de la Salamanca teológica e inquisitorial y por el seguro refugio, la «vida retirada» de la quinta de la Flecha. Entre los autores agustinos, excluido Malón de Chaide, Luis de León, ligeramente tratado por el profesor Ricard en la primera redacción de su estudio (afirmaba que en su obra «el *nosce te ipsum* no parece ocupar mucho espacio») es, indudablemente, la figura más importante, como ha probado Alain Guy en su tesis *La Pensée de Fray Luis de León* (París, 1943), apoyándose sobre todo en el comentario al libro de Job: el gran poeta agustino, aclara el profesor Ricard en el complemento final a su ensayo, considera el conocimiento de sí mismo dentro de la vía purgativa y, más aún, «... puede parecer como una etapa hacia la vía iluminativa, pues aquél se debe a menudo a una iluminación interior con la que Dios favorece al alma para permitir que se vea con toda exactitud (teoría de origen agustiniano)». Termina, prácticamente, este largo, erudito y luminoso estudio con una panorámica de los autores jesuitas, y en primer lugar aparece el nombre de Ignacio de Loyola y sus Ejercicios Espirituales, pues aunque la máxima socrática no haya sido tomada textualmente por el fundador, sin embargo «se encuentra implícitamente en el fundamento de ciertos consejos de los Ejercicios»; cierran la relación de nombres los de Nieremberg y el muy ilustre de Baltasar Gracián, citándose de este último, pasajes de *El Criticón* y del *Oráculo Manual*, que prueban, sin lugar a dudas, que en su obra maestra «trata de la dignidad del hombre», mientras que «en el *Oráculo Manual*, el socratismo queda como una simple receta de cordura práctica; más exactamente, no es apenas cristiano, sino por los progresos que el cristianismo ha hecho realizar al análisis psicológico».

El siguiente estudio se dedica por completo al fundador jesuíta, bajo el título «situación de San Ignacio dentro de la espiritualidad española», con un anexo final sobre su lenguaje y estilo. Los puntos fundamentales expuestos por el profesor Ricard en este estudio son los siguientes: Ignacio de Loyola es un convertido, no es espíritu esencialmente especulativo, sino hombre de acción y apostolado; no es escritor místico, «es un hombre más de experiencia que de lectura» (pág. 161), es un «peregrino», su lengua materna no era el castellano y—afirmación muy importante y exacta—no fué escritor: «le faltaban las dotes y el instrumento esencial para todo verdadero escritor: el privilegio de una gran lengua literaria» (pág. 165), para concluir rotundamente: «... no creo que deba ocupar un lugar en la historia de las letras españolas» (pág. 172).

De un gran interés sociológico es el estudio «Sacerdocio y literatura en la España del Siglo de Oro. El caso de Lope de Vega», en donde manejando algunas de nuestras más trascendentales creaciones literarias y la autoridad del maestro Américo Castro, el profesor Ricard llega a la convicción de que la reforma española «se dirigió casi exclusivamente hacia las órdenes monásticas, y consistió, sobre todo, en una restauración de la disciplina y de la pobreza primitivas» (pág. 255). Y fijándose en Francia y en el fenómeno específicamente francés del galicanismo, establece y resume de modo general que «el catolicismo español fué de frailes; y el francés, de seculares».

El último estudio del libro, *Los vestigios de la predicación contemporánea en El Quijote*, es una original y valiosa aportación a la fabulosa bibliografía cervantina (tan cuidadosamente recogida y comentada en los Anales Cervantinos, bajo la indiscutida autoridad de los ilustres cervantistas profesores Francisco Maldonado de Guevara y Alberto Sánchez). Señala el profesor Ricard la abundancia de testimonios sobre la predicación de la época en El Quijote, apuntando la posibilidad de que «Cervantes haya querido burlarse sin acritud de esos predicadores desatinados» (pág. 278): esbozado e ilustre antecedente del fray Gerundio de Campazas, de Isla.

Otros estudios sobre temas monográficos de la poesía de Juan de la Cruz, «el tema de Jesús crucificado en la obra de algunos escritores españoles de los siglos XVI y XVII» y «aportaciones a la historia del *exemplum*» en la literatura religiosa moderna, y algunos pocos más, completan el detenido, riguroso, variado y lineal a un tiempo, recorrido por un vasto tema, no siempre demasiado atrayente y grato, que la investigación histórica y literaria española debe agradecer al hispanista profesor Ricard.—EMILIO MIRÓ.

JOSE MARIA VALVERDE: TRAYECTORIA DE UNA VOCACION ASUMIDA

José María Valverde es poeta por vocación y por decisión. Primero viene la vocación: siente la urgencia de hablar, de dar nombre a las cosas, de desvelar el secreto de ellas:

*Y mi oficio es hablar, alumbrar los misterios
con mi voz ignorante. Mi oficio, con que acaso
al fin merezca a Dios. Hablar de lo que miro,
no de mí, que a los hombres qué podría impartarles.*